CUADERNOS DE "INDOAMERICA"

Por un Partido Socialista que integre el proceso de la Revolución Popular.

3

POPULAR Y EL PARTIDO

por Enrique Rivera

(*)

CeDInCI

-II-

Acierta usted en casi todo lo que dice del nacionalismo y de los nacionalistas. No creo que el nacionalismo traicione a la revolución, como teme usted que ocurra. En caso de guerra entre Estados Unidos y Rusia, y no siendo posible la tercera posición, es natural que esté contra el sistema infernal de Rusia, que no es, tampoco, el comunismo.

Me gustaría que me visitara. Le mostraría las notas que he puesto a su ejemplar.

Si se decide a venir, le ruego telefonearme por la mañana, a eso de las once, cualquier día. Yo puedo recibirlo a las siete y media de la tarde. Voy al centro, diariamente, a las tres y vuelvo a mi casa entre siete y siete y media.

Me he alegrado al saber que hay un pensador argentino de su talento y de su personalidad. A pesar de la ortodoxia marxista, se mueve usted con independencia de criterio. Y dice, a cada rato, cosas magníficas.

Lo felicito muy sinceramente y le estrecho la mano con la mayor cordialidad.

(Fdo.) MANUEL GÁLVEZ

Los lectores suspicaces advertirán ahora porqué Jorge Abelardo Ramos nunca nombra a Manuel Gálvez sin anteponerle estas palabras: "poderoso artista", "primer novelista de nuestra época", etc., y los más suspicaces todavía advertirán porqué al hablar de Borges y Martínez Estrada deja de lado sus méritos artísticos y embiste contra sus opiniones políticas, y al hablar de Manuel Gálvez se acuerda de Marx que admiraba a Balzac a pesar de su catolicismo.

CeDInCI

UNA FALSIFICACIÓN MONSTRUOSA

(Continuación)

Saavedra y el Deán Funes (cont. de la crítica al Cap. VII de América Latina: un país)

(Nota actual: no deja de resultar curioso que en la última polémica contra el clericalismo y su intrusión en nuestra historia, haya debido el autor de este trabajo escrito en 1952 ocuparse precisamente de la figura del Deán Funes ("Un jesuíta dentro de una revolución") al cual el clero cordobés intentaba presentar como creador de nuestro federalismo. Precisamente en 1952 al hacer la crítica de "América Latina: un país" debía yo también contender contra tal interpretación, pero no hecha por un sacerdote, sino por Jorge Abelardo Ramos, que presenta al Deán Funes como inspirador de una política orientada hacia las postergadas provincias.- ER).-

Cuando en Córdoba se preparó la contrarrevolución de Liniers, el obispo Orellana y Sobremonte, el Deán Funes estaba complicado en ella. Al aproximarse el ejército de la Primera Junta, desligóse hábilmente, a fuer de buen sacerdote, y se plegó al movimiento emancipador cuando éste triunfó. Mediante su hermano Ambrosio mantenía contacto con los jesuítas expulsados por Carlos III y su ministro Aranda; y entre sus instrucciones como diputado de Córdoba para la Primera Junta figuraba, con carácter urgente, la de propender al restablecimiento de la Compañía de Jesús! Cuando se le pidió que dictaminara sobre el patronato real y sobre el derecho del Gobierno a intervenir en la Iglesia, su posición fué tan oscura que resultó imposible saber si estaba a favor o en contra. La falta de libertad de prensa era una de las características primordiales de la opresión feudal. En la Gaceta, donde colaboraba, propuso la censura, so capa de combatir la licencia periodística.

¿El federalismo de Saavedra y el Deán Funes, contra el "unitario" Moreno? Veamos:

En su circular a los cabildos de todas las ciudades del interior de fecha 27 de mayo de 1810, hallábase presente el espíritu democrático y nacional de la Primera Junta. Decía el Cabildo porteño al tucumano:

"Este es el Gobierno que se ha erigido provisionalmente hasta la reunión de los diputados de todas las provincias. El pueblo de Buenos Aires no pretende usurpar los derechos de los demás del Virreinato; pretende sí, sostenerlo contra los usurpadores"... "El mismo pueblo ha pedido que sea provisional y que se convoquen a todos sus hermanos para el nombramiento de diputados de las ciudades y Villas, a fin de que reunidos en esta Capital establezcan el Gobierno que haya de merecer toda su confianza y respeto".

Pero las provincias encarnaban tendencias más conservadoras, con respecto al cambio de régimen, que Buenos Aires. Así logró el Deán Funes agrupar a la mayoría de los diputados enviados - entre ellos sacerdotes - a favor de Saavedra y contra el jacobino Moreno. La incorporación de los diputados a la Junta, dada como propuesta el 27 de mayo, se convertía así en una amenaza contra el rumbo radical de la Revolución. Por eso Moreno proponía que los diputados se constituyesen en Congreso, oponiéndose a la entrada de ellos a la Junta, donde tenía mayoría hasta entonces su tendencia. Fué derrotado y hubo de renunciar. El partido morenista pasó entonces prácticamente a la oposición.

///2

Saavedra y el Deán Funes propiciaron, al poco tiempo, la creación de las famosas "Juntas subalternas", que liquidaban el poder de los Cabildos o Juntas de cada provincia, sometiéndolas a las Juntas de las ciudades cabeceras de Intendencia y a éstas, a la Junta Central. O sea, procuran obtener la centralización en favor de su tendencia conservadora. No era en este momento cuestión de federalismo o unitarismo, pues aún no se había precisado el gran pleito histórico. La asonada del 5 y 6 de abril de 1811, inspirada directamente por Saavedra y el Deán Funes, permitió desprenderse de los morenistas que aún quedaban en la Junta Grande, y marcó el punto culminante de la ofensiva contra el partido jacobino. Se formó el primer Triunvirato, donde apareció la figura de Rivadavia, el creador del unitarismo. Moreno y Rivadavia eran enemigos políticos, y el partido morenista, nucleado en la Sociedad Patriótica, donde actuaba ya Monteagudo, prosiguió haciéndole la guerra al Primer Triunvirato. El unitarismo es una formación liberal-conservadora, intermedia entre el saavedrismo y el morenismo. El general Paz dice en sus memorias que la gran mayoría de los saavedristas se hicieron después unitarios. Esta formación ya nace como aspiración a combinar las fórmulas liberales con la oligarquía porteña, especialmente en su sector comercial. Resulta característico que en su lucha apele al Cabildo porteño y expulse de la Capital a los diputados del interior, en el perentorio plazo de 24 horas. Al mismo tiempo que arreciaba también su hostilidad contra el partido morenista.-

Con la Revolución de octubre de 1812, inspirada por San Martín y Monteagudo, cae el Primer Triunvirato y se convoca a la Asamblea del año XIII, que cuenta con la confianza renovada de las provincias. El partido morenista vuelve al poder.

Es preciso anotar ahora que Ramos ni siquiera ha estudiado este punto, o sea, el juego real de las tendencias, la lucha interna dentro del campo liberal. A él le basta con condenar el liberalismo, y reivindicar las tendencias "federales" del jesuíta Funes. O sea, nos ofrece la historia de Grosso, pero a la inversa.

Sobre la Asamblea del año XIII, cuyas resoluciones se inspiran, al extremo de reproducirlas, con las que tomaron las Cortes liberales de Cádiz (1812), dice Ramos:

"Cuando la Asamblea de 1813 abolía la esclavitud, se refería a aquéllos que nacieran posteriormente a la instalación de la Asamblea y declaraba libres a los esclavos que se introdujeran en el territorio de la Nación", vale decir, mantenía la esclavitud existente.

Con ésto, Ramos busca enlodar esta Asamblea, cuyas otras resoluciones no cita, utilizando para ello un procedimiento verbal capcioso, pues el párrafo transcripto podría escribirse, más o menos con iguales palabras, del modo siguiente:

"Aunque mantenía la esclavitud existente, la Asamblea de 1813 declaraba que no eran esclavos los que nacieran posteriormente a su instalación y libres los que se introdujeran en el territorio de la Nación".

Tratábase de una limitación propia del liberalismo de la época; y también de una consideración política. Pues entre los participantes de la Asamblea habían muchos que tenían esclavos y no se quería ni convenía herir demasiado los intereses existentes. Por otra parte, en nuestro país, la esclavitud era más bien suave, como lo prueba el hecho de que muchos negros permanecían junto a sus amos, aún después de habérseles ofrecido la libertad. Sarmiento nos ha referido las cómicas peripecias que le ocurrieron con el negro Sarmiento. Muchos negros integraron los ejércitos revolucionarios y entre ellos se destacan con perfiles propios Falucho y Barcala; este último llegó a coronel y apoyó a los unitarios mendocinos en su guerra contra Facundo. La esclavitud negra en nuestro país era casi esencialmente doméstica y no la existente en plantaciones y minas, que era la la aniquiladora, mientras que la primera supone incluso un adelanto en la condición de la raza.

Sobre la Asamblea del año XIII, omite Ramos nada menos que:

1°) Abolió todos los títulos de nobleza;
2°) Prohibió el uso del tormento y efectuó destrucción solemne de los instrumentos empleados para aplicarlos;
3°) Abolió todas las servidumbres y obligaciones particulares que pesaban sobre los indígenas, especialmente la mita o trabajo obligatorio en las minas y el tributo o impuesto en dinero por persona;
4°) Declaró que las Provincias Unidas serían independientes de toda autoridad eclesiástica residente fuera del país;
5°) Declaró la igualdad jurídica del blanco de Europa con el negro de Africa y el indio de América...

Podrá objetarse que mucho de ésto quedó en el papel impreso de las leyes y que la realidad fué distinta. Sin entrar en una consideración concreta del asunto, baste señalar que el régimen legal establecido constituye una negación de la estructura jurídico-política feudal y un enorme adelanto; no es posible compartir el criterio ultra-extremista sobre la legislación.

En la Asamblea del año 13 se abrigaba además el propósito, que no se juzgó oportuno concretar por los acontecimientos de entonces, desfavorables a la causa de los ejércitos revolucionarios, de declarar la ciudadanía americana y de subordinar todo lo actuado al Congreso americano que debía reunirse en el futuro para constituir la Nación americana y su gobierno. Y no se crea que este propósito era sólo la inspiración de San Martín o Monteagudo. Al contrario, hallábase expresado con toda claridad en las instrucciones que el cabildo del Jujuy de entonces - menos que una aldea - dió a su diputado.

Dice Ramos que "los prohombres de la lucha contra España se habían nutrido del librecambismo británico: Moreno, Belgrano, Rivadavia, Pueyrredón, Alvear, admiraban a los fisiócratas..."

Pero los fisiócratas eran una escuela económica francesa, que reflejó en un momento dado a la burguesía industrial en ascenso, no prohombres del "librecambismo británico". No eran una escuela librecambista. En España, el representante fisiócrata máximo era Jovellanos, de quien tomó sus ideas Belgrano; propiciaban la li-

bertad de comercio, pero no en el sentido inglés, sino como abolición de las trabas feudales que pesaban sobre la creación del mercado para el capitalismo; abogaban a la vez por el progreso de la agricultura y de la industria. Jovellanos no quería la abolición de las barreras aduaneras contra los productos ingleses; quería que se facilitara el comercio inter-hispano.

Por otra parte, era necesario comerciar con Inglaterra y los demás países, ya que no se podía hacerlo con España, con la cual se estaba en guerra. Pero la cuestión residía en que la oligarquía porteña, unida esencialmente al exterior por sus lazos económicos, no tenía ninguna consideración hacia el resto del país. Ella se formó no como resultado de un proceso autóctono del Virreinato, sino en el cruce de un gran ente económico como era el Imperio hispano-americano. La industria ganadera entre nosotros y los saladeros nacieron por exigencias del comercio exterior; sobre esta base se formó la burguesía comercial porteña. No aspiraba al mercado nacional, como lo hace la burguesía industrial, que en nuestro país aún no existía, salvo en germen en algunas provincias interiores, y donde la industria estaba representada por talleres domésticos o semidomésticos.-

Prosiguiendo su tentativa de calumniar a la Revolución de Mayo, continúa Ramos: "Los ejércitos de la Primera Junta (Balcarce, Belgrano, Rondeau) resultaron impotentes para someter al Alto Perú, con su refulgente Potosí, sede de los caudales del Virreinato. Esa ineptitud militar encontraba sus raíces en la impopularidad de la Junta de Buenos Aires."

Esto es sencillamente inexacto. La Primera Junta consiguió el apoyo entusiasta de todos los pueblos del interior y la resistencia contra el movimiento revolucionario partió primero de Córdoba, centro del espíritu colonial-monacal, y del Alto Perú, que era una sociedad claramente feudal, basada en la mita y la prestación personal del indio. Ramos no alude para nada a este hecho notorio, que explica la impopularidad en esa zona de la Primera Junta; es decir, la impopularidad de la Revolución. No menciona ni por casualidad el hecho más característico de la guerra que libraban los realistas, como es el fanatismo religioso que atizaron contra los ejércitos revolucionarios. Ramos "escribe" la historia "ad usum delphini".

El Alto Perú fué como hemos dicho la base para las fuerzas realistas encabezadas por los americanos Goyeneche y Tristán (otra confirmación del carácter civil, no nacional, de la revolución. Añadiremos que French, creador junto con Beruti de la escarapela azul y blanca era español". El Alto Perú seguía la política trazada desde Lima, cuyo papel fué separar la revolución del sur de la del norte. Esta era la fuente de la "impopularidad" de los ejércitos de la Primera Junta en el Alto Perú, no su carácter unitario aún no esbozado. Precisamente quienes más sabotearon a la primera expedición al Alto Perú fueron Saavedra y el jesuíta Funes.

En la pág. 69, describe Ramos la economía colonial de 1810. A continuación, expone la naturaleza librecambista de la oligarquía porteña, el debate histórico del Congreso de 1824 entre los diputados bonaerenses y los del interior sobre el librecambio y el proteccionismo, y llega así, en la pág. 74, al tema fundamental: régimen unitario o federal.

"En el lenguaje de la política económica -- dice Ramos -- estas fórmulas jurídicas se llamaban proteccionismo o librecambismo. El sistema unitario, preconizado por los ganaderos y comerciantes, encubría la dictadura de Buenos Aires sobre las provincias; el arrasamiento de las economías regionales por medio de la industria británica; el desarrollo del comercio exterior en el plano de la producción agropecuaria, con preeminencia bonaerense.

"El sistema federal tendía, por su parte, a la conservación de las industrias artesanales del interior, así como a la consolidación del gobierno político de sus gobernadores. En el curso de esta lucha se habían alzado, haciendo temblar sus lanzas sobre las deliberaciones doctorales, las masas de la campaña."

En toda su exposición de este capítulo, Ramos no dedica suficiente atención a un problema fundamental, esto es, al papel de la ciudad de Buenos Aires en el Virreinato. Comienza en la pág. 69 diciendo que "en 1810, el interior del Virreinato era la zona más rica y poblada, así como el litoral se caracterizaba por su atraso y pobreza". No es así. Ramos traza una oposición que le es grata para la tesis que pretende demostrar, pero que no se corresponde con la realidad histórica de 1810, sino con los tiempos anteriores a la creación del Virreinato del Río de la Plata y cuando aún la industria ganadera y saladeril, junto con el comercio, no habían hecho de Buenos Aires la gran metrópoli.

Buenos Aires era la ciudad más importante de todo el Virreinato y concentraba en su planta urbana más o menos 50.000 habitantes. Constituía, por esta razón, el mercado consumidor más importante para los productos del interior, aumentado por el hecho de que, gracias a la exportación, contaba con un nivel económico más elevado que el resto del país, en general. La renta aduanera de todo el país, constituída por los derechos de importación y exportación, era absorbida casi totalmente por Buenos Aires, y en países como el nuestro, donde la tierra no tenía casi valor y el desenvolvimiento económico era rudimentario, dicha renta constituía la base del tesoro público y el sostén de todo sistema de gobierno, la fuente del poder, así como también el más precioso instrumento de civilización, si se podía disponer de ella nacionalmente. El poder español en nuestro país -- según lo ha expuesto Alberdi - basábase en la creación dispuesta por la Ordenanza de Intendentes de 1778, de la llamada Provincia-Metrópoli, esto es, la unión de la campaña bonaerense productora de cueros y carnes saladas, que constituían el principal artículo de exportación, por el cual podían conseguirse artículos manufacturados, tanto del exterior, como del interior; y de la ciudad portuaria. Esta unión confería a quien la presidiese un poder incontrastable sobre el resto del Virreinato y en ella consistía precisamente la máquina política del dominio español, según Alberdi, cuya invención, dice, hace honor al genio político de sus gobernantes.

Cuando estalló la Revolución de Mayo y el pueblo del ex-Virreinato asumió la soberanía, era enteramente natural que la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato, pasara a manos del pueblo todo. Pero ello no fué posible en los primeros momentos y después la reacción porteña, escamoteó a la Nación su capital histórica. La oligarquía porteña consideró como capital de la Provincia de Buenos Aires, a la ciudad que era por todos los elementos económicos, sociales y jurídicos, es decir, de hecho y de derecho, la capital de todo el país. Se apoderaba de este modo del poder nacional. La renta aduanera del puerto único era nacional, pues todos concurrían a formarla, pero figuraría en adelante como provincial; el tesoro público que ella producía era nacional, pero figuraría como tesoro de la provincia de Buenos Aires; el crédito público externo e interno que de ese tesoro deriva, era nacional, pero lo utilizaba la oligarquía bonaerense haciéndolo figurar como provincial, pudiendo contratar ella sola sobre esa base empréstitos en el exterior y emitir billetes garantizados suficientemente (Banco de la Provincia de Buenos Aires).

El otro aspecto de la cuestión es éste: quien poseía el puerto de Buenos Aires, vale decir, la aduana, podía fijar además la política aduanera, proteccionismo o librecambismo.

Expongamos ahora sintéticamente el proceso: la revolución de Mayo derriba las autoridades hispanas y proclama la soberanía del pueblo; ésta, para poder hacerse efectiva, requiere el traspaso a todo el pueblo del ex-Virreinato de los elementos de poder nacional, concentrados todos en la ciudad de Buenos Aires. Pero la oligarquía bonaerense se posesiona de ella, y adquiere así un poder incontrastable sobre las provincias, a su vez privadas del mismo. Mediante el equipo unitario, rehuye toda organización democrática del país, planteando la elección de gobernadores por la oligarquía bonaerense. Las provincias, vale decir, el pueblo, se resisten a esta imposición, y frente al despotismo intronisor de los unitarios, reivindican el derecho a darse sus propios gobernadores. Aquí nace el federalismo. Pero observemos que éste no se hubiera presentado si desde un comienzo el pueblo todo del ex-Virreinato hubiese dispuesto del poder nacional concentrado en la ciudad de Buenos Aires, en vez de detentarlo sólo un sector minoritario, la oligarquía bonaerense.- La reivindicación de las autonomías provinciales hubiese carecido de sentido. Es por eso que el federalismo desaparece prácticamente en 1880, al capitalizarse la ciudad de Buenos Aires, es decir, al restituírse ésta a la nación. En ese entonces, sólo la oligarquía bonaerense - Mitre, Tejedor - habla de la soberanía de la provincia de Buenos Aires hollada y reivindica, por boca de Alem, el federalismo. Vale decir, se convierte en defensora de la "autonomía" cuando ve que le van a arrebatar su monopolio antinacional de la ciudad de Buenos Aires y cuando ésta pasa al pueblo todo, concretándose así la soberanía proclamada en Mayo de 1810.

Desde 1810, por consiguiente, la clave para decidir sobre el carácter democrático, nacional y progresivo de una política dada, o, viceversa, sobre su carácter antidemocrático, antinacional y reaccionario, es la posición que se adopte sobre este problema fundamental de nuestra historia.

Es sabido que sólo el desarrollo del capitalismo industrial y la subordinación de la economía entera a ese desarrollo, pueden crear, dentro de una comunidad idiomática, el interés general que constituye el fundamento necesario del Estado nacional. En el Virreinato del Río de la Plata, cuando estalló la Revolución, ese capitalismo no existía; teníamos por un lado, la industria ganadera y saladeril, que aunque montada sobre bases capitalistas, tenía su mercado no en el interior del país, sino en el exterior: Inglaterra, Brasil y Antillas (vale decir, el centro industrial consumidor, y las plantaciones de Brasil y Antillas, que derivaban también sus productos, hacia ese centro industrial). Nuestro incipiente capitalismo agrario existía no, en función del capitalismo industrial nacional, sino del existente en el exterior. Ello se explica por el carácter primario de nuestra economía, constituída dentro del ente del Imperio hispano. En el interior, teníamos industrias regionales, que no habían alcanzado aún siquiera en forma generalizada la etapa manufacturera, y cuyo mercado principal estabaen Buenos Aires, centro de elevada población y poder adquisitivo, pero que prefería sustirse de Europa, donde todo era más barato.-

Tratemos de precisar el problema. La organización del país en forma nacional, con sentido nacional, no podía ser realizada sin federalizarse o capitalizarse la ciudad de Buenos Aires. Vale decir, si no pasaba a manos de los poderes nacionales el puerto único nacional, y con él, la aduana nacional, base del tesoro y el crédito públicos e instrumento vital para la fijación de la política económica proteccionista o librecambista.

La oligarquía bonaerense -- burguesía comercial porteña y ganaderos - estaba destinada, según hemos visto, a ser librecambista, por sus intereses económicos fundamentales. Pero la posición de ambas clases que la componían podía ser diferente con relación al problema de la organización nacional.

El unitarismo, o la burguesía comercial porteña, a la que representaba políticamente, no podía dejar de organizar el país, porque necesitaba disponder del mercado interno para los productos de la industria extranjera; la expansión de este comercio era condición para su amplio desarrollo como clase "compradora". Pero como tal política económica estaba en contradicción con los intereses de la mayoría del pueblo de las provincias interiores, esa organización sólo podía concretarse mediante la dictadura, disfrazada con el eufemismo de que el gobierno central, con sede en Buenos Aires, vale decir, la burguesía comercial porteña, designara a los gobernadores de las provincias. La elección por éstas de sus poderes propios, significaba la de aduanas propias, la erección de barreras defensivas del mercado interno para proteger las industrias locales, e impedía la realización del comercio en que se basaba la fuente de ingresos de la clase comercial porteña.

CeDInCI

Por eso, frente al despotismo unitario, las provincias reivindicaban sus autonomías, y de ahí nace el federalismo, sustancialmente. O sea, éste no es expresión de tendencias locales al aislamiento, de "feudos provinciales", pues no existía en nuestro país, salvo en la punta noroeste, feudalismo, etc. Pero el pueblo de las provincias interiores no podía detenerse en la reivindicación de su derecho a darse gobiernos propios, por la sencilla razón de que la única defensa realmente eficaz para impedir la introducción indiscriminada de mercancías extranjeras era la posesión y control de la aduana de Buenos Aires, lo cual no representaba otra cosa, como hemos visto, que la posesión y control por la nación (utilizamos esta palabra en forma convencional, dado que la nación es realmente América Latina) de lo que era de la nación.

¿De qué valía a las provincias, en efecto, darse poderes propios - fase elemental de defensa - si su poder económico efectivo quedaba en manos de una sola, y si ésta podía fijar a su arbitrio la política económica con el extranjero, clave de la ruina o desarrollo nacionales? Esta cuestión tenía múltiples proyecciones. Primero, validos de los ingresos económicos cuantiosos que les proporcionaba el detentar la aduana nacional, el tesoro y el crédito nacionales, que sobre ella se basaban, los unitarios podían mantener ejércitos de línea para avanzar sobre los gobiernos autónomos provinciales; segundo, podían financiar las fuerzas hostiles dentro de cada provincia; conceder ventajas a una para oponerla a la otra, dividir para reinar; tercero, la fijación de aduanas propias de cada provincia conducía a aniquilar el mercado interno que las propias industrias regionales necesitaban; y la escasez de recursos y los requerimientos de la guerra contra el despotismo unitario las convertían en instrumentos de obtención fiscal, desvirtuando inclusive su función protectora; cuarto, ¿cómo prescindir para el desarrollo de la industria nativa del mercado bonaerense, el más numeroso y de poder adquisitivo mayor?; quinto, quien residiese en Buenos Aires y sólo él, podía prácticamente mantener las relaciones exteriores con las potencias extrañas y eso sólo lo daba por sí un medio de poder sobre el país entero; sexto, ¿cómo propulsar el desarrollo económico, alentando las industrias nativas, sin disponer del tesoro y del crédito nacionales, basado en la aduana de Buenos Aires?; séptimo, no podía dejar de adquirirse productos extranjeros que no se fabricaban en el país, y cómo evitar que mediante la tarifa aduanera las clases dominantes de Buenos Aires los encareciesen artificialmente y saquearan por este medio especulativo y de agio la riqueza provincial?

De este modo, la reivindicación central del federalismo no podía dejar de ser - y lo fué en efecto, como José Hernández tuvo ocasión de puntualizárselo a Leandro Alem en el histórico debate de 1880 sobre la capitalización de Buenos Aires - la federalización, nacionalización o capitalización de Buenos Aires. Proteccionismo o librecambio, democracia o dictadura, política nacional o antinacional, todos estos dilemas de hierro se concentraban en la llamada cuestión capital de la República. Por este motivo, es sumamente extraño que Ramos eluda la consideración de este problema preciso, concreto.

Ya veremos más adelante la explicación.

Examinemos ahora la posición de los ganaderos y saladeristas bonaerenses. A diferencia de la burguesía comercial porteña, ellos eran productores, que intercambiaban cueros y carnes saladas con los artículos manufacturados del extranjero. No les convenía adquirir en las provincias interiores los productos de que podían surtirse con mucha mayor baratura en el exterior, además de que disminuirían así las posibilidades de venta de sus propios productos, los cuales por otra parte no podía consumirlos el interior. Ello debido, como hemos expuesto anteriormente, a que desde su origen, nuestro capitalismo agrario se había constituído en función del mercado exterior, de la industria extranjera, no como resultado y exigencia del desarrollo industrial nativo.

Los ganaderos, a diferencia de la burguesía comercial porteña, no necesitaban del mercado interno del país; en consecuencia, no necesitaban organizar el país, como los unitarios, pero sí necesitaban al menos que no se organizara, porque la capitalización de Buenos Aires, significaba el control por el pueblo de todas las provincias de la política económica y por consiguiente, la restricción del intercambio con el extranjero con sentido de protección nacional. Los ganaderos no estaban en principio contra la política unitaria porque la organización dictatorial del país por la burguesía comercial porteña no afectaba sus intereses (por eso es que Rosas apoya al unitario Martín Rodríguez), pero cuando la práctica demostró que el despotismo unitario iba hacia el fracaso por la resistencia de los pueblos interiores, cuando éstos se iban centralizando en la guerra contra los unitarios, los ganaderos comprendieron que era necesario llegar a un modus vivendi con las provincias, que permitiese el desarrollo pacífico de sus negocios.

Como ellos no tenían vital interés en el mercado interno, a diferencia de la burguesía comercial porteña, podían dejar a las provincias en sus autonomías respectivas, siempre que no amenazaran lo esencial, la aduana de Buenos Aires, instrumento clave de la política económica. Es por eso que, a través de Rosas, ellos se proclaman federales, pero no en el sentido de organizar el país, sino en el sentido de dejarlo y mantenerlo desorganizado. De este modo, la provincia de Buenos Aires se quedaba con la capital y aduana nacionales, cada provincia con sus instituciones propias y se establecía un statu-quo.

Alberdi ha expuesto magistralmente esta política de los ganaderos y saladeristas bonaerenses. Cedámosle la palabra:

"Tal federación es un compuesto de unidad y de independencia: la unidad sirve a Buenos Aires; la independencia daña, en vez de servir a las provincias.

"Por la unidad, Buenos Aires les toma el poder y el tesoro; por la federación, se hace independiente para su goce; se queda con todo.

"La federación argentina es una especie de alcancía en que todas las provincias guardan sus rentas, pero cuya llave está en manos de Buenos Aires y cuyo tesoro sólo sirve al que tiene la llave. La llave es el puerto de Buenos Aires.

"La unidad o nacionalidad, contenida en esa federación, es

"un puente levadizo, que Buenos Aires tiende al través de su independencia federal para entrar en la unión con el objeto de tomarle su poder, su tráfico y su tesoro; y que levanta, para contener, por el foso de esa federación, a las provincias, cuando la unión de ellas quiere entrar en Buenos Aires para tomar su parte respectiva del poder y renta general recaudada por Buenos Aires en el puerto común a todas.

"En este sentido es que Buenos Aires ha hecho de la federación la condición esencial y sine qua non de su unión con las provincias. Entre los caudillos y Buenos Aires, la federación se ha dividido de este modo: la mala fama y responsabilidad de la federación para los caudillos; la federación en sí misma, con todos sus provechos, para Buenos Aires.

"Después de maldecir a Artigas, a Güemes, a Bustos, a López, a Ramírez, como autores de la federación, Buenos Aires triunfante y libre de ellos al fin, no quiere otro sistema que la federación que tanto ha deprimido; y la abraza en términos peores que la querían los caudillos. Para éstos era un instinto vago de libertad y resistencia a la conquista que Buenos Aires intentaba sobre las provincias; Buenos Aires ha elevado al rango de constitución nacional y permanente, la independencia interprovincial, que despedaza la nación en provecho del puerto y de la ciudad en que pagan su contribución de aduana."

Concluye Ramos este capítulo VII expresando: "La dictadura mercantil porteña condujo a la "anarquía", con la autonomía plena de las provincias, reasumida en el fragor de las luchas armadas. Esta"anarquía" condujo al "poder fuerte" de Rosas, jefe de los ganaderos bonaerenses. La tinta y la sangre de amigos y adversarios tendió un velo sobre su poderosa figura. Al disolver en el análisis los elementos primitivos de la política que ejecutó, mostraremos las clases en presencia. Así podrá abolirse su oscura posteridad -- y con ella la litografía escarlata de los mar les".

En pocas palabras, Ramos, luego de haber expuesto el conflicto entre federalismo y unitarismo como proteccionismo versus librecambismo, como nacionalismo - versus política antinacional, nos promete alumbrar la "oscura" fama que pesa sobre Juan Manuel de Rosas y abolir "la litografía escarlata" que rodea su figura.

Pero antes de pasar a la crítica del capítulo VIII del libro, titulado "Rosas: una política nacional en el Río de la Plata", hagamos por nuestra cuenta, en líneas generales, una descripción del proceso histórico que precede a la asunción del poder por Rosas.

Estalla la Revolución de Mayo de 1810. En el extenso territorio del Virreinato enfréntanse dos bandos: liberales y realistas. En esta guerra, llamada de la independencia, aunque aún es una liza civil, como ya sabemos, los liberales presentan un frente unido. Pero, además, hay que organizar el nuevo Estado de acuerdo con el principio de la soberanía popular y nacional proclamado por los revolucionarios de Mayo. Aquí es donde se escinde el frente liberal.

La revolución democrático-burguesa de 1810 era, no expresión y exigencia del desarrollo alcanzado por el capitalismo industrial en América Latina - el cual no existía y sólo estaba en germen -, sino parte de un proceso revolucionario operado dentro de todo el Imperio hispanoamericano, que reflejaba a su vez la gravitación del desarrollo burgués europeo sobre España. Estalló prematuramente, a causa de la invasión napoleónica, que desorganizó el aparato monárquico-feudal y permitió la irrupción, en la guerra nacional, de los elementos democráticos de las clases medias. O sea, fué una revolución burguesa producida en una etapa histórica en que la burguesía aún no se había desarrollado lo suficiente como para vertebrarla. Entre nosotros, la ideología liberal, expresión de la burguesía industrial en ascenso, se encarnó sobre todo en la clase media de los abogados y jóvenes militares, pero a la vez se refractó en el medio americano: en lugar de burguesía industrial, teníamos burguesía comercial porteña y ganadera bonaerense, ambas con intereses en el mercado mundial, y no en el latinoamericano; el desarrollo de las industrias regionales en el interior era primitivo, semidoméstico. No se había establecido aún - estaba en vías de formación - el mercado interno, y no había unidad económica sólida, como la da el capitalismo industrial. La zona del litoral, especialmente Buenos Aires, no tenía en realidad intereses comunes con el interior mediterráneo.

De esta manera, en Buenos Aires, el liberalismo de Mayo, que apuntaba a América Latina, fué aniquilado. Desalojado de la Junta por la reacción conservadora, el partido morenista tuvo que luchar contra una formación liberal reaccionaria - termidoriana, podríamos decir -, el unitarismo, expresión política de la oligarquía bonaerense librecambista, especialmente a través de la burguesía comercial porteña. Este busca someter y sujetar la organización del país al módulo librecambista. El liberalismo del interior lógicamente se resiste, y reivindica, frente a la invasión unitaria y a su despotismo, las soberanías provinciales proclamadas por los revolucionarios de Mayo (Moreno). Busca el camino de la organización, mediante la conciliación de los intereses regionales y la federalización de Buenos Aires. Resulta evidente que el federalismo constituye una solución política nacional y democrática para organizar el país. El unitarismo, en cambio, enfrentado al pueblo, se apoya cada vez más en el extranjero y asume rasgos marcadamente antinacionales. Bajo la cobertura del federalismo, empero, encuentran también expresión las capas conservadoras del interior (especialmente los elementos clericales), que repulsan a la vez que el centralismo unitario, la revolución liberal. El partido morenista desaparece, ya emigrando (Monteagudo, San Martín, que lucharán en la palestra latinoamericana), ya tomando una evolución federal (Manuel Moreno, Dorrego, etc.) pero a la postre es aniquilado por falta de base sustentatoria. Quedan en la escena unitarios y federales. El pleito, que ha llegado al terreno de las armas, determina luego del año crucial de 1820, el surgimiento de los caudillos como representantes del federalismo y de la tendencia nacional. Con el general Paz y Bustos, insinúase en ese año, la tendencia a organizar el país tomando como base Córdoba. El recrudecimiento de la guerra civil y el empobrecimiento paulatino de las provincias, sublevan al gauchaje, y aparece así la montonera federal. El federalismo encarna también una guerra de clases. Dice

///12

Paz en sus "Memorias": "Esa gran fracción de la República que formaba el partido federal no combatía solamente por la forma de gobierno, pues otros intereses y otros sentimientos se refundían en uno solo para hacerlo triunfar: primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la más ignorante; en segundo lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en tercer lugar, las provincias, celosas de la preponderancia de la Capital, querían nivelarla; en cuarto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aún monárquicas".

Estos elementos que destaca el general Paz se combinan diversamente; en la primera etapa, predomina el liberalismo federal, que resulta impotente; en la segunda, surgen ya los grandes caudillos, seguidos del pueblo armado de las campañas, que introduce elementos de hostilidad hacia la clase acomodada y culta de las ciudades. Esto opone en el interior a los liberales federales y a los caudillos. Parte de los primeros, busca apoyo en Buenos Aires, ligándose a los unitarios liberales; otra parte, emigra; otros, se pliegan a los caudillos, sirviéndoles para las funciones legislativas, ejecutivas, etc. de las constituciones provinciales. Además, hay en el interior, una tendencia liberal directamente unitaria, pues Buenos Aires tenía sus ramificaciones comerciales en el interior. Ambos liberalismos confúndense y parecen uno solo. Así parece unitario Sarmiento y él se lo cree, sinserlo; así emigra Gorriti a Bolivia, huyendo de Facundo, siendo este sacerdote liberal de clara tendencia federalista. El general Paz, que no es unitario, aparece como si lo fuera, siendo que intenta organizar el país tomando como base Córdoba.- Facundo, que expresa a las masas rurales empobrecidas de las provincias norteñas, y que se opone al unitarismo, tiene a su lado en la primera parte de su carrera al sacerdote Castrobarros, que se opone al liberalismo como representante de la reacción clerical en el interior, y que combate al unitarismo también en este sentido.- Facundo y Paz chocan, en lugar de entenderse. En fin, como vemos el cuadro es bastante complicado y confuso.-

Llegados a este punto, es necesario que hagamos esta digresión. En los párrafos que anteceden intentamos esbozar algo de la gran complejidad de nuestro proceso histórico, precisando las tendencias que a nuestro parecer deben considerarse fundamentalmente. Pero falta hacer -- y nadie lo ha hecho en nuestra historiografía - el estudio concreto y esclarecedor del problema.- Nadie ha estudiado con precisión las tendencias, subtendencias y matices que hay en este proceso cambiante.- Pero se nos ocurre que no puede ser lo mismo un liberal bonaerense que un liberal de Tucumán o de Córdoba, un Rivadavia que un Paz, un Lavalle que un Marco Avellaneda. Tomemos aún otro ejemplo: el Chacho, cuyo sentido nacional no puede ponerse en duda, llega a pelear con Lavalle, antes enemigo, contra el ejército del uruguayo Oribe, que sirve a Rosas. Lavalle estaba en el norte, luego de haber fracasado en su intento de tomar Buenos Aires con el auxilio de la escuadra francesa. Los gobernadores y caudillos de las provincias del Norte también estaban al lado de Lavalle, Lamadrid, el Chacho, etc. En fin, se trata de un proceso complejo y cambiante, que es preciso estudiar, lo repetimos, concretamente.- Ramos, que titula su libro "América Latina: un país", se ocupa luego de una introducción, de historia argentina, sobre todo, pero en una forma superficial, somera, y para sustentar tesis interesadas.

Es decir, se limita a oponer a la leyenda histórica unitaria la revisionista, dotando a ésta con argumentos marxistas. Así, para él, el liberalismo y los liberales son reaccionarios, la revolución de Mayo reaccionaria. Dice por ejemplo, en la pág. 84: "El gobierno de Rivadavia, examinado en la perspectiva histórica, resulta más reaccionario aún que los hombres de Mayo". El liberalismo federal del interior no existe; él sólo considera a los caudillos y a las lanzas, pero, como veremos, para ligarlos a Rosas. En este cuadro, son lo mismo un Moreno y un Monteagudo, que un Rivadavia, un Alsina

(Posteriormente a su libro, en 1954, mientras aún colaboraba con nosotros, contestó a una entrevista realizada en la revista "Esto es", donde rectifica sus posiciones anteriores parcialmente; así dice en la misma, que hay que distinguir entre liberales y liberales; se acuerda de Alberdi, a quien designa como el gran olvidado, olvidándose que según su concepción revisionista de "América Latina: un país debía condenarlo, pues fué partidario de Echeverría, a cuyo Dogma Socialista califica Ramos como "prosa mortífera", fué partidario de la aceptación del appyo de la escuadra francesa y estuvo contra Rosas y a favor del movimiento de Urquiza que culminó en Caseros, etc., etc. En su entrevista ya citada cambia Ramos su opinión sobre la generación de 1837, del "Dogma Socialista": ya no es mortífera, sino que representa una tendencia nacional, que Rosas "no pudo o no quiso comprender". Es decir, Ramos no tiene principios en historia como no los tiene en política; varía de opiniones con absoluto desparpajo según su conveniencia momentánea; en 1949, estaba en su apogeo el "nacionalismo-clerical", entonces Ramos condenaba el liberalismo en bloque, a Alberdi, a Echeverría, a Roca, etc. Después, soplando vientos contrarios, cambia la veleta).

Crítica al capítulo VIII: "Rosas, una política nacional en el Río de la Plata"

Dice Ramos: "Los ganaderos de la provincia de Buenos Aires afirmaron su hegemonía sobre las ruinas de la ley de enfiteusis. Rosas fué al poder como caudillo de esa clase, aliada virtual de la burguesía comercial porteña - su intermediaria, su agente político, frecuentemente su rival en el poder mismo -... Eran los mismos ganaderos que respaldaron de hecho la política unitaria, pese a sus diferencias circunstanciales con Rivadavia. No es menos cierto que se trataba de los hacendados que al día siguiente de Caseros irían a abrazar, con Nicolás de Anchorena, primo de Rosas, y la oposición extranjera encabezada por Urquiza, las vacas ante todo. Para concluir: era indiscutiblemente la clase que gobernó el país después de "organizarse" al servicio de su socio principal, el capitalismo inglés, antes y después de su etapa imperialista. Pero cuando Rosas llega al poder, hasta cierto punto se eleva por encima de su clase de origen, para abarcar el conjunto del problema nacional en el Río de la Plata. Este es su valor histórico. De tal visión fueron incapaces los "cultos" representantes porteños de la burguesía mercantil, esos semidioses de nuestra historia escrita."

"A pesar de la sagacidad política que lo caracterizó en su esfera -- dice Ramos más adelante - , Rosas no se apoyó, al fin y al cabo, sino en una clase profundamente extranjerizante por

su naturaleza económica: los ganaderos y terratenientes. Los materiales sociales y estructurales heredados de la colonia eran ínfimos. La visión continental de Rosas se vió restringida por esos factores objetivos, si excluímos sus singularidades personales, nacidas del medio social".

Dice en la pág. 92: "Rosas mantuvo a las potencias europeas alejadas del control político y financiero de las Provincias del Río de la Plata, permitiendo de hecho un desarrollo autónomo de la economía argentina, que el tiempo habría elevado a planos técnicos superiores" En la pág. 105 reitera este concepto: "La derrota de Rosas abre el período de aniquilamiento de la evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente".

Prosigue: "Los ganaderos de Buenos Aires constituyeron su base de clase; todos los genios del lugar común, coinciden en situarlo así. Es una aclaración necesaria, pero no es "su razón suficiente". ¿Cómo entender su prestigio popular en la campaña de Buenos Aires? Ese prestigio - indiscutible en la bibliografía y en la tradición oral, partidaria o enemiga - se derivaba entre otros motivos de la protección dispensada por Rosas a los gauchos perseguidos por la ley de vagancia (aprovechada por él y sus colegas). A gran parte de ellos los transformó en peones de sus estancias, incorporándolos a un orden económico cristalizado. A la mayoría, más chúcara, la organizó en legiones militares, empleándola contra los indios primero, y luego contra los ejércitos unitarios. Ofreció así un oficio permanente a los que no tenían ninguno y que por la expansión del sistema ganadero y de la propiedad de la tierra habían perdido el antiguo derecho a carnear libremente en la pampa. Las montoneras nómades del interior que hicieron la guerra de guerrillas a los ejércitos de línea unitarios, aún después de Caseros, no existieron en la provincia de Buenos Aires, sino organizadas en los destacamentos feudales del clan rosista."

"La "demagogia" en sí misma es un arma limitada; pero como objeto de análisis es más pobre todavía. Que Rosas se apoyó en las masas desposeídas, es un hecho; satisfizo en parte sus reivindicaciones, las movilizó en apoyo de su política, las traicionó finalmente. Eso también es un hecho".

"Fueron los triunfadores de Caseros (unidos a los ganaderos, libres ya de su temible Bonaparte criollo)..."

"La clase ganadera de la provincia de Buenos Aires fué encontrando demasiado costosa la dictadura del caudillo. Un abismo se abría entre su política nacional y los intereses de los ganaderos, ya ligados al capitalismo extranjero y atentos a sus específicas exigencias de comprador."

"La navegación de los ríos se volvía un hecho prático. La ganadería se preparaba a dar un salto técnico hacia adelante. Después vendría la agricultura. El desarrollo agropecuario alcanzaría ciertas formas capitalistas. Pero el país, en su conjunto, sería frenado en su peculiar evolución histórica, convirtiéndose durante décadas en una factoría monocultora".

Estos párrafos del capítulo VIII, que transcribimos, dan noción suficiente de la forma en que Ramos considera el régimen de Rosas. Así, según él, Rosas desarrolla una política "nacional" en el Río de la Plata, "elevándose" para ello por encima de la clase ganadera, la cual es "profundamente extranjerizante por su naturaleza económica", y como caudillo de la cual llega al poder. Sugiere esta explicación: había necesidad de un régimen estable para el desarrollo de los negocios, perturbado por el violento librecambismo de los unitarios, la reacción del interior contra esa política, de las masas gauchas, etc. En fin, bonapartismo "hasta cierto punto": "los ganaderos, libres ya de su temible Bonaparte criollo". La esencia económica de esta política "nacional" estriba en que Rosas protege las industrias regionales interiores con la ley de aduanas de 1835. Rosas-Bonaparte establece así un "compromiso" con los caudillos del interior y lo mantiene durante 20 años. Realiza así la unidad nacional, impidiendo la tendencia desmembratoria que fomentaba la política unitaria. Rosas inaugura - dice - el período de la formación nacional a través de los "feudos" de los caudillos. Defiende el país contra los franceses e ingleses, a los cuales se alían los unitarios (los dos bloqueos).

Esto por un lado. Por el otro, Ramos continúa en este capítulo su condena de la ideología liberal. Califica el "Dogma socialista" (de la Asociación de Mayo de 1837 o Joven Argentina) de "prosa mortífera". "El grupo de Echeverría -- expresa - ... divagaba sobre los inconvenientes de acudir a la ayuda extranjera. El autor de "La Cautiva" prefería que la "revolución contra la tiranía" estallase dentro del propio país. Interesante idea, que no encontró eco aparente en el gauchaje ni en las masas del interior. No sería la última vez que la "generación intelectual" educada en el alfabeto político de Considerant demostrase su ceguera frente al proceso histórico viviente". Hasta llegar Rosas, se vive "la contradicción dinámica entre las tradiciones democráticas del liberalismo europeo y el carácter objetivamente reaccionario de su aplicación mecánica a un país atrasado en el período colonizador del capitalismo".

Para juzgar adecuadamente este cuadro, debemos partir de la siguiente consideración: producida la Revolución de Mayo, tres posibilidades quedaron abiertas. Primera: la vuelta a la colonia, o sea la derrota del movimiento revolucionario; ésto no se concretó por la victoria de los ejércitos de la Revolución contra las fuerzas realistas. Segunda: la independencia, manteniendo la estructura económica heredada, lo cual conducía a una renovada dependencia del extranjero; Tercera: convertirnos en un país capitalista independiente, industrializándonos.

Ahora bien: la separación de España, el hundimiento del Imperio hispano, el fracaso de las tentativas bolivarianas, ligó nuestra economía a Inglaterra. El unitarismo, agente político de la burguesía comercial porteña, nos conducía conscientemente a la semicolonia, pero ante la resistencia de las masas del interior, fué apoyándose cada vez más en el extranjero y hubiéramos probablemente concluído por ser un protectorado o colonia británicos. Alvear llegó a pedirlo. Lo contrario, esto es, la transformación en un país capitalista independiente, hubiese exigido el triunfo del interior industrial y proteccionista. Pero este triunfo no se produjo. En el pleito entre la burguesía comercial porteña y el interior, surgió una clase, los ganaderos y saladeristas bonaerenses, que terció y pactó con los caudillos del interior, elevándose al poder con Rosas.

De haber triunfado el interior nacionalista, lo lógico hubiera sido que fuese uno de sus hombres el que hubiese ascendido al poder y ejercido lo que Ramos llama "dictadura federal". Pero no, asciende un ganadero y saladerista como Rosas, miembro prominente de una clase librecambista, a la que Ramos califica como "profundamente extranjerizante" por su naturaleza económica". ¿ Por qué la política nacionalista ha de estar representada precisamente por un miembro de la oligarquía ganadera bonaerense? Es precisamente en este punto donde Ramos hace la apología de Rosas, pues sin ninguna razón concreta, material, "lo eleva" por encima de su clase y lo convierte en un caudillo bonapartista. Este es el punto donde el revisionista José María Rosa señala a Ramos su inconsecuencia marxista. Pues, lo pregunta, ¿por qué ha de elevarse Rosas por encima de su clase? La respuesta - señala - es una sola: el patriotismo.

La inconsecuencia marxista de Ramos, es decir, su falta de marxismo, tiene su fundamento en el deseo del autor de "América Latina: un país" de congraciarse con el elemento nacionalista-clerical, cuyo caballito de batalla es Rosas. Por eso, en lugar de explicarlo objetivamente, o de buscar una explicación concreta, lo saca un poco (hasta cierto punto, dice) de su clase. En realidad, es falsa la afirmación de que los ganaderos y saladeristas de entonces fuesen profundamente extranjerizantes. Veamos.

A diferencia de la burguesía comercial porteña, eran productores. Su régimen propio - bastante tiempo antes de Rosas, que no lo creó - era un capitalismo agrario monoproductor, que combinando la estancia con el saladero realizaba una organización capitalista del campo (pampa bonaerense, litoral). Su relación con el capitalismo extranjero -- entonces no imperialista, sino en la etapa previa de la invasión comercial - era autónoma. A cambio de artículos manufacturados le vendían cueros y carnes saladas. No decimos que era independiente, por una razón: y es que como ya hemos visto anteriormente, la industria ganadera entre nosotros se desarrolló para satisfacer la demanda no interna, sino externa, no sobre el mercado autóctono, sino sobre el mercado mundial. Esto explica la existencia de un capitalismo agrario desarrollado en un país donde no había capitalismo industrial. Es que éste se hallaba fuera, más concretamente, luego de la independencia, en Inglaterra, entonces "taller del mundo". Pero esta relación no era aún de dependencia y ligazón estrechas, porque el capitalismo extranjero aún no había alcanzado su fase imperialista, es decir, de exportación de capitales y penetración financiera, que convierte a las clases dominantes de los países retrasados en agentes y socios menores; en pocas palabras, nuestra oligarquía ganadera y saladeril no era la que conocimos después, sino más bien una burguesía con bases propias, no una oligarquía en el concepto actual.

En cambio, la posición de la burguesía comercial porteña, era distinta. Ella, como condición de su desarrollo amplio como clase "compradora" necesitaba ante todo del mercado interno de las provincias para los productos del capitalismo extranjero. De ahí su extranjerismo, de ahí su tendencia a "organizar" el país a la que no podía renunciar, y que se presenta como "la idea nacional" unitaria, a diferencia de los federales que reivindicaban las soberanías provinciales. Claro está que en esa idea "nacional" no había un adarme de nacionalismo.

Los escritos y testimonios que poseemos sobre la psico-

logía social de la clase ganadera de entonces, contradicen la noción de "profundamente extranjerizante" que le adjudica Ramos, y no sólo en el terreno de las ideas corrientes, sino también de las costumbres. El hogar de Rosas es característico en este sentido. Lucio Mansilla nos ha dejado preciosos testimonios sobre ello.

Pero el "nacionalismo" de la clase ganadera y saladeril tenía su límite, férreamente trazado por su naturaleza económica, y ello resalta cuando pasamos a examinar al interior nacionalista. Este necesitaba imperiosamente una política económica proteccionista: limitar la introducción de artículos extranjeros que arruinaban las industrias regionales; conservar el mercado bonaerense - el más importante - para los productos autóctonos; utilizar la renta aduanera nacional - que se formaba en el puerto único de Buenos Aires -, con fines de fomento de su industria. Esto no convenía a los ganaderos, porque afectaba su libre intercambio con los ingleses, disminuyéndoles el mercado; porque los productos del interior eran mucho más caros que los del exterior, y se restringían sus ganancias; porque la posesión de la renta aduanera nacional por la provincia de Buenos Aires era una gran fuente de riqueza local, de la que no querían prescindir. A diferencia de la burguesía comercial, cuyo mercado como agentes del capitalismo extranjero, estaba en el interior, el mercado de ellos estaba en el exterior. Por eso, ellos podían prescindir de la organización del país, a diferencia de aquélla; sólo les bastaba que no se organizara, es decir, que no se capitalizara la ciudad de Buenos Aires, llave de su política económica

Ahora bien: en el interior del país, las industrias regionales no habían alcanzado aún la etapa manufacturera o industrial, por lo general; predominaba el artesanado doméstico y se estaba en vías de transición hacia estadios superiores, cuando se produjo la invasión comercial extranjera.- A tal desarrollo, tal ideología. La insuficiencia del desarrollo industrial del interior, determinaba que no pudiese expresar su nacionalismo en la forma de una moderna ideología, sino que debiese acudir a símbolos y elementos heredados del pasado y aún vigentes en la economía natural predominante. Estos símbolos y elementos ideológicos eran inadecuados en relación con la meta histórica a procurar. Así por ejemplo, Facundo Quiroga, en una etapa de su carrera, se opone al unitarismo con la divisa de "Religión o muerte". Expresa en esta forma el contenido nacional de su lucha, en el estadio económico-social del interior, tal como lo hemos diseñado. Pero, notémoslo bien, esto no significa que el liberalismo fuese reaccionario, sino que frente a la política unitaria de la burguesía comercial porteña, revestida de fórmulas liberales, pero despótica en el fondo (despotismo constitucional, se la ha llamado), Facundo como otros caudillos, recurrían a símbolos y elementos ideológicos de carácter "reaccionario" para expresar su antagonismo nacional. Esto, a más de su carácter de representante sobre todo de la economía natural, lo opone a liberales como Paz, que no son unitarios. Es ésta la contradicción que hemos señalado al comienzo de este trabajo: el carácter "internacional" de nuestra Revolución de 1810, su estallido "prematuro", una revolución burguesa sin burguesía, pero con elementos liberales en la clase media de las ciudades -- abogados, militares --, choca con nuestra estructura económico-social insuficiente.

Pero Ramos, en lugar de examinar concretamente estas contradicciones, a lo marxista, condena el liberalismo, la ideología liberal (presenta la política unitaria como una consecuencia necesaria de la ideología liberal) y exalta por este procedimiento no la lucha nacional auténtica del interior, sino sus símbolos y elementos ideológicos reaccionarios, a que se veía obligada a acudir.

CeDInCI

El habla continuamente de "montoneras y lanzas" frente a los doctores, y así parece muy popular, muy democrático, muy gauchesco, cuando en realidad lo hace sobre todo para atacar la ideología liberal, de acuerdo con el "nacionalismo" clerical, que en este terreno, como en otros, expresa el profundo reaccionarismo de la burguesía imperialista, que renuncia a la propia ideología liberal de su pasado revolucionario, ascendente, para retornar al medioevo en el terreno ideológico.

Pues la cuestión no reside, tampoco, en que el régimen de Rosas - al que aludiremos luego - sea "nacional" o no lo sea, sino en quiénes reivindican a Rosas, en la significación político-concreta del "rosismo". Ramos tiene pleno derecho a interpretar el régimen de Rosas como una política nacional; si está equivocado o no, es cosa que debe decidirlo el análisis marxista de la historia. Pero los rosistas, el nacionalismo clerical reivindica a Rosas porque son antiliberales - corporativistas - clericales, es decir, como instrumentos de la reacción imperialista. Ellos se ocupan de Rosas precisamente porque el rosismo, en el terreno de la ideología, es reaccionario (el rosismo histórico), porque rechaza la ideología liberal y democrática, porque utiliza la religión como instrumento político y acude a simbolismos irracionales como "la divisa punzó", etc. Para Ramos, la consideración del rosismo histórico como una política nacional, reviste sobre todo la necesidad de ubicarse políticamente en buenas relaciones con los elementos nacional-clericales que en 1949 están en su apogeo. Por eso, a cada paso, ataca al liberalismo, en una época en que fuera de esta ideología no había otra revolucionaria en nuestros países ni podía haberla.- A él no le interesa concretamente la significación del régimen de Rosas, de ahí su falta de marxismo, su antimarxismo. Pero prosigamos.

Ramos dice que Rosas había sido unitario antes de llegar al poder. En realidad, Rosas nunca militó en las filas unitarias ni se caracterizó por su ideología liberal. Pero el hecho es que los ganaderos apoyan la política unitaria frente al interior proteccionista, en cuanto coinciden en la plataforma librecambista. Pero sólo hasta cierto momento, que es cuando deciden intervenir ya directamente. ¿Cuándo llega ese momento? Cuando aprecian lo siguiente:

1º La política unitaria suscita tal contraofensiva de las provincias, que éstas se centralizan en la guerra contra Buenos Aires y amenazan ya irrumpir decisivamente en ésta;

2º Los unitarios pasan a depender cada vez más del extranjero y llevan el país a la colonia (por ejemplo, Rivadavia divide en tres partes la provincia de Buenos Aires);

3º La propia burguesía comercial porteña se pone en contradicción con los unitarios cada vez más directamente subordinados al extranjero. La política de éstos, amenaza, por sus características ruinosas, las propias bases de un buen desenvolvimiento de los negocios.

En las clases dominantes de la provincia bonaerense surge así la necesidad de llegar a un statu-quo con las provincias y asegurar el orden. Rosas, cuya divisa era orden y patacones, surge en ese momento diferenciándose de los unitarios. Los ganaderos, como ya hemos visto, podían prescindir de las provincias, pues eran productores cuyo mercado estaba en el exterior; así, podían

CeDInCI

perfectamente abrazar el "federalismo" en cuanto éste era reivindicación de las soberanías provinciales amenazadas por el despotismo unitario. En este sentido, Rosas y sus amigos - los Anchorena, etc. - representan, frente al unitarismo, la resistencia nacional de todo el país en su conjunto. Cabe destacar aquí que los ganaderos bonaerenses eran, por su desarrollo y por el hecho de dominar la provincia el puerto nacional de Buenos Aires, los que estaban en mejores condiciones para dar expresión a la resistencia nacional de todo el país, que en el interior, mediterráneo, y privado de posibilidad de expresión única, generalizada, por el carácter poco desarrollado de la economía, no podía darse en forma centralizada.-

Es en este punto preciso, donde se detiene el nacionalismo de Rosas. Expresa la resistencia nacional de todo el país a convertirse en colonia, que a ésto llevaba la política unitaria, pesa que no convenía ni querían los propios ganaderos y saladeristas, cuyas características como clase ya hemos esbozado antes; pero no va más allá, es decir, no asume la bandera de la transformación del país en un país capitalista independiente. No la asume, porque la clase ganadera no puede adoptar una política proteccionista y de desarrollo nacional, pues su mercado está en el exterior. Esta ley fundamental, se aprecia por otra parte, en la política que Rosas sigue una vez llegado al poder. Examinémosla, a grandes rasgos.

En la pág. 72 de su libro, y bajo el subtítulo de "Buenos Aires contra la industria regional", transcribe Ramos la tesis sustentada por el diputado de Buenos Aires en el Congreso de 1824, unitario, a la que denomina "tesis librecambista de Mayo". Dice así: "De ningún modo puedo persuadirme de la justicia con que se deben prohibir algunos productos extranjeros para fomentar otros que, o no existen todavía en el país, o son escasos o de inferior calidad... A la prohibición y subida de derechos sobre los efectos del exterior se sigue, naturalmente, la disminución del comercio extranjero y la baja de precio en los cueros y frutos de exportación, y, por consiguiente, la ruina del pastoreo en Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba y otras provincias, cuyos frutos ya se exportan. Agréguese a ésto que en la misma razón disminuirán las rentas nacionales... El país en general, es abierto por todas partes, y la experiencia ha acreditado y enseña hoy mismo que fuera de labaja de derechos no hay arbitrio para cortar el contrabando... "

A ésto respondió el brigadier Pedro Ferré, representante correntino: "Tenemos otras provincias - y son varias - cuyas producciones hace mucho tiempo que dejaron de ser lucrativas; que viven exclusivamente de ellas; que no pueden abandonar su industria sin perder su capital; que no pueden tampoco, aun con capitales, abrazar otras que su territorio no permite. Más claro y más cierto: han de ser favorecidas por la prohibición de la industria extranjera, o perecer... Pero sufrirán mucho en la privación de aquellos artículos a que están acostumbrados, ciertos pueblos. Sí, sin duda un corto número de hombres de fortuna padecerán, porque se privarán de tomar en su mesa vinos y licores exquisitos... Las clases menos acomodadas no hallarán mucha diferencia entre los vinos y licores que actualmente beben, sino en el precio, y disminuirán el consumo, lo que no creo ser muy perjudicial. No se pondrán nuestros paisanos ponchos ingleses; no llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra; no vestiremos ropa hecha en extranjería, y demás renglones que podemos proporcionar; pero en cambio

"empezará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos, y no nos perseguirá la idea de la espantosa miseria a que hoy son condenados. Y aquí es tiempo de notar que sólo propongo la prohibición de importar artículos del comercio que el país produce, y no lo que puede producir, pero que aún no fabrica".

Comenta Ramos que estas citas"reflejan típicamente las dos corrientes fundamentales que iban a escindir al país durante toda su existencia, a través de los más distintos regímenes políticos"

Cuatro años después, ya Rosas en el poder, se reunieron en Santa Fe los representantes de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, para convenir el pacto del litoral. En esta ocasión, los representantes de estas tres últimas provincias, renovaron la tesis proteccionista de Ferré que ya conocemos. ¿Qué posición adoptó el representante de Rosas? Lo siguiente:

"La industria casi exclusiva de las Provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos es la ganadería; y aun Corrientes es como la base de las demás. Esta es la que más les conviene, porque para ella los brazos son un gran capital, empleando aún los menos útiles. Por otra parte, nuestros campos en la mayor parte están despoblados, siendo baratos por lo mismo, y como la demanda que hacen los extranjeros de cueros y demás que producen los ganados es siempre creciente, resulta que cuantos hombres y capitales se emplean, hacen una ganancia exorbitante... Si es preciso confirmarlo todavía obsérvese como los individuos de todas profesiones abandonan su antiguo modo de vivir y se dedican a éste que los produce más, sin otra protección que la del Cielo. Y entonces, ¿ por qué a estos hombres, y sus familias se les ha de obligar a comprar caro, y por lo mismo escaso, lo que pueden tener barato y abundante, y a distraer una parte del capital que podrían economizar? Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, no tienen producciones que remitir para el consumo de Corrientes; al menos las que pueden enviarse no merecen por su poco valor entrar en la balanza, San Juan y Mendoza sólo exportan en retorno de aquellas provincias efectos extranjeros. Estoy informado que en el comercio que éstas hacen con las otras del interior el retorno es metálico con muy pocas excepciones. Así pues aun cuando se pongan en la balanza las suelas de Tucumán, los tejidos de Córdoba, y algunas otras cosas, una inmensa diferencia resultará siempre en favor de los pastores. Añadiré a ésto que Corrientes, San Juan y Mendoza no podrán en muchos años proveer a la Nación de azúcares y aguardientes, ni en la cantidad suficiente ni a precio moderado; careciendo, como es cierto, de brazos y capitales en proporción. Los frutos de La Habana y el Brasil son muy baratos, porque en ellos comemos y bebemos la sangre y las lágrimas de los miserables africanos."

Aquí tenemos a Rosas - a través de su representante José María Roxas y Patrón - defendiendo frente a las provincias proteccionistas nada menos que "la tesis librecambista de Mayo". Recordemos lo que decía Ramos sobre Moreno, pág. 75: "La carne se convirtió en el producto más importante del animal. En los comienzos, el mercado consumidor fueron los propietarios de esclavos del Brasil, Africa y Antillas. El retorno a "la libertad del hombre en el seno de la naturaleza", según el ilustre Rousseau, no le impidió al jacobino Moreno representar a los proveedores de carne para esclavos". ¡Aquí tenemos a Rosas sustentando el"librecambismo británico" que Ramos endosa a Moreno,pero que silencia cuando se trata de Rosas! Aquí se ve la mala fe, de la argumentación de Ramos, que busca sobre todo condenar el liberalismo revolucionario, y exaltar el rosismo antiliberal.

En la reunión de los representantes del litoral a que nos referimos, las tres provincias interiores proponen nacionalizar las aduanas exteriores, vale decir, la de Buenos Aires y formar así el tesoro nacional, que se cobraría y depositaría independientemente de los derechos particulares de cada provincia. Apunta aquí la precisa reivindicación del federalismo del interior. Rosas se opone a ello, con argumentos deleznables. Del mismo modo, impide que se forme una Comisión representativa a cuyo cargo correrían los intereses nacionales y la organización del país de acuerdo a los principios del pacto federal.-

La ley de aduanas de 1835, que Ramos - siguiendo a los "revisionistas" - califica como nacional, prohibe la introducción en el mercado bonaerense de artículos de las provincias que se produzcan en Buenos Aires.- Por otra parte, su proteccionismo respecto del extranjero, sólo se ejerce en la medida en que ciertos artículos de esta procedencia, puedan llevar a la ruina a los artesanos de la ciudad de Buenos Aires, pero de ningún modo rige para los otros y para las provincias interiores.- No es una ley nacional, sino provincial. Como no están protegidas en Buenos Aires, las provincias deben mantener y acentuar las aduanas propias. Esto se convierte a su vez en el despedazamiento del mercado interno, ya privado de su sector más importante, el bonaerense. Durante todo el período rosista, se verifica precisamente no un adelanto y florecimiento de las industrias regionales, como tendría que ser de acuerdo con la aserción de Ramos, sino al contrario, un decaimiento espantoso. A tal extremo, que en 1852, al tratarse en San Nicolás la abolición de las aduanas interiores, Vicente Bustos, de la Rioja, si bien accede a ello, en beneficio del país, lo hace a regañadientes, pues expresa que no le quedarán así recursos con qué pagar una resma de papel para las oficinas de la administración provincial. ¡A ésto se había llegado luego del "proteccionismo" rosista! Lo cierto es que en este punto, Ramos falsea por completo la realidad histórica, a fin de hacer la apología de Rosas.-

Como nosotros no tenemos por qué hacerlo, extraigamos las conclusiones correctas. El régimen de Rosas es nacional y en este aspecto progresivo respecto del unitarismo, que llevaba a la colonización por el extranjero; y lo es en la medida en que la economía ganaderil y saladerista de la provincia de Buenos Aires, montada sobre bases capitalistas, es nacional y parte del país. Pero es antinacional en cuanto en lugar de orientarse hacia la transformación industrial de todo el país, se pone contra ella. Por eso mantiene en su poder la aduana bonaerense, por eso se niega a la organización del país en base del sistema federativo.- Vale decir, mantiene la estructura económica de la semicolonia. Y no lo hace en forma pasiva, sino activa, es decir, reprime los levantamientos que tal política genera en el interior. (Insurrección del Norte, encabezada por varios caudillos y Marco Avellaneda).

Esta política, prolongada durante 20 años, debilita la resistencia nacional del país y prepara las bases para el retorno unitario y para que éstos puedan imponerse. En 1852 las provincias interiores están mucho más débiles económica y socialmente que en 1830.-

Los mismos argumentos que utiliza Ramos - siguiendo enteramente a los "revisionistas" - se vuelven contra su "tesis". Dice que Rosas asegura la unidad mediante "subvenciones, compromisos y hasta represión abiertas". ¿Qué necesidad hubiera habido de subvenciones y de represión sobre las provincias, si se hubiese nacionalizado la aduana bonaerense?¿Si éstas fuesen protegidas en sus intereses económicos fundamentales?

Ramos alude, como hemos visto, en términos despectivos contra la generación de 1837, la de la Asociación de Mayo o Joven Argentina, formada por Echeverría, Alberdi, Vicente Fidel López, etc. En el interior, por Marco Avellaneda, Sarmiento. Esta generación, sin embargo, se caracterizó por el hecho de rechazar al unitarismo extranjorizante y reivindicar planteamientos nacionales, en la literatura, en la ideología, en la economía. Inclusive, buscaron apoyo en Rosas. "En los momentos en que el hombre superior que nos rige, se ocupa de imprimir a la política una dirección americana y nacional, dicen, nos ha parecido oportuno ensayar un movimiento armónico y paralelo en la crítica artística y socialista". "La Europa es el centro de la civilización ... América debe por consiguiente estudiar el movimiento progresivo de la inteligencia europea, pero sin sujetarse ciegamente a sus influencias. Cada pueblo tiene su inteligencia y vida propia. Un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro pueblo, es estúpido y sacrílego. Cuando la inteligencia americana se haya puesto al nivel de la inteligencia europea, brillará el sol de su completa emancipación... Es preciso formar un partido nuevo, un partido único y nacional que lleve por bandera la bandera democrática de Mayo... Si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional... El país debe adoptar una política y legislación de su ser, un sistema de instrucción pública acomodado a su ser, y una literatura propia y peculiar de su ser. " Debemos preguntarnos - dicen - "si el sistema prohibitivo colonial era más productivo de riqueza que el comercio libre". "Por más que digan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leyes universales en el desarrollo de la riqueza y de la industria, no son más que sistemas o teorías fundadas sobre hechos, es verdad, pero tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas... " "Ensanchemos la esfera de nuestra industria, empleando las materias que tenemos a mano. Lo que gana el curtidor, el limpiador y el escardador europeo, nosotros podríamos ganarlo. No nos hallamos en estado de fabricar con nuestras lanas, paños, ni con nuestras pieles y c rines, cosas útiles, porque nos faltan elementos; pero la industria puede imprimerles valor, aumentando su precio antes de ponerlos en manos del extranjero." "Pediremos luces a la inteligencia europea, pero con ciertas condiciones. El mundo de nuestra vida intelectual será a la vez nacional y humanitario: tendremos un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad".

Esto es lo que Ramos califica como "prosa mortífera".

Pero Rosas los persiguió inmediatamente.- Comentaba Echeverría: "Si Rosas no fuera tan ignorante y tuviese un ápice de patriotismo en el alma, si hubiese comprendido su posición, habría en aqualla época dado un puntapié a toda esa hedionda canalla de infames especuladores y de imbéciles beatos que lo rodea; habría llamado y patrocinado a la juventud, y puéstose a trabajar con ella en la obra de la organización nacional... Así Rosas hubiera puesto a su país en la senda del verdadero progreso..."

La persecución por Rosas arrojó a esta juventud al extranjero, y la mezcló con el campo unitario. Emigrada, fué recibida hostilmente por los propios unitarios. "Rosas por medio de una bárbara y tenaz persecución había aproximado en el destierro, y puesto en la necesidad de reconciliarse a los patriotas de todos los partidos. Un sentimiento común les hizo olvidar sus opiniones y resentimientos pasados - en unos, el odio a Rosas, en otros, el amor a la Patria".

El destino de la generación de 1837, nos permite apreciar cuanto dijimos antes. Echeverría y sus amigos veían el carácter nacional del gobierno de Rosas, y procuraban apoyarse en él para realizar la transformación del país en un país capitalista independiente. Pero el nacionalismo de Rosas sólo lo era en relación con el colonialismo unitario; defendía la semicolonia, pero no quería pasar a la transformación que mencionamos. De ahí que persiga a esa generación, como a todos los planteos liberales del interior, y los vuelque al lado del unitarismo. Sin embargo, es de esta generación, de donde provienen prominentes teóricos que, en un grado u otro, representarán luego al interior nacionalista frente al neo-unitarismo en el poder. Un Alberdi, un Sarmiento - que sirve de apoyo a la generación roquista- un Marco Avellaneda - cuya influencia se proyecta en su hijo Nicolás- un Vicente Fidel López, que en los días de 1852 defiende la unión con las provincias frente al separatismo y la prepotencia bonaerenses, surgen de allí. Naturalmente, que en esta generación hay contradicciones tremendas entre su acción política y sus ideas, pero ello es el resultado precisamente de la persecución a que fué sometida por Rosas. Este, quería enfrente sólo unitarios. Que un Alberdi, por ejemplo, predique aceptar, emigrado a Montevideo, el apoyo francés, y que los unitarios al comienzo lo rechacen, no es una prueba de que aquél sea antinacional y de que éstos se hayan vuelto nacionales. La historia posterior demostraría que Alberdi sería el teórico del nacionalismo progresivo del interior, encarnado por Roca, frente a los unitarios unidos ahora con los Anchorena en Buenos Aires.- Es por esto que Ramos se ha podido permitir posteriormente llamarlo a Alberdi "el gran olvidado" -- por él, que recién lo"descubría", en el período en que colaboraba con "Frente Obrero" - y asimilar su incomparable análisis de la cuestión capital de la República, que en América Latina: un país, ni siquiera toca, y cuya significación se le escapa por entero.- En su libro sobre Alem, cuando colaboraba con el radicalismo, Ramos llega a citar un párrafo de Alberdi presentándolo como opuesto a la capitalización de Buenos Aires, cuando casi toda la obra de Alberdi aboga por ella.- Es que aquí le interesaba dejar bien a Alem, y en consecuencia, prefería echar "un gran olvido" sobre lo fundamental y predominante en Alberdi, recordando sólo una actitud suya cuando viejo y enfermo fué a visitar a Tejedor.- Tales y tantas contradicciones, muestran en Ramos no a un hombre de ideas y principios firmes, sino a un mercader de ideas, que cambia el muestrario a medida que aparecen mejores postores.- En su entrevista de 1954 a la revista "Esto es", ya reivindicaba a la generación de 1837, que "Rosas no quiso o no pudo comprender"¡ Ya había echado en "el gran olvido" su calificación de "prosa mortífera" al Dogma de Echeverría¡

No se trata de que Rosas no quisiera o no pudiese comprender. Comprendía demasiado bien. La clase que él representaba y por la cual subió al poder, y la que luego lo echó, cuando ya no le servía, no quería saber nada con el nacionalismo del interior, industrial y proteccionista. Un planteo nacional como el de la generación de 1837 a eso conducía, a poner de nuevo sobre el tapete el problema de la organización nacional en sentido capitalista independiente.-

Si nosotros buscamos en el pasado histórico las tradiciones que apuntalen el "nacionalismo revolucionario" del presente - ¿y qué otro valor puede tener si no nuestra investigación histórica?- no podemos tomar como ejemplo el rosismo, que es nacional en la medida, tan sólo, en que no es colonialista, sino semicolonialista, pero no en un sentido capitalista de desarrollo independiente.

//24

Esto se tradujo en el terreno ideológico. El liberalismo es una ideología puesta al servicio de la transformación industrial de las sociedades, comprimida por el feudalismo. En la medida en que todo orden social es la expresión del estado de desarrollo de las fuerzas productivas, la ideología liberal, que respondía a la necesidad de desarrollar éstas, era progresiva frente a la ideología feudal que se aferraba a mantener el pasado. En aquel tiempo, la burguesía estaba en el campo de la revolución, y aunque es cierto que ésta conducía a fin de cuentas a erguir a una nueva clase explotadora, también es cierto que ésto coincidía con el progreso histórico.- El socialismo surgió a la izquierda de la ideología liberal y democrática, recogiendo el igualitarismo social que la burguesía en el poder limitó a la "igualdad ante la ley". Posteriormente, depurado de sus elementos pequeño-burgueses, se formuló como socialismo científico, gracias a Marx, poniéndose en el escenario de la lucha de clases, como teoría del proletariado. En la Alemania del siglo XIX surgió una curiosa teoría, que Marx en su manifiesto llamaba el socialismo feudal. Aprovechando las contradicciones entre la burguesía y la ideología liberal, este "socialismo" condenaba esta última como consecuencia de todos los males, y volvía la mirada a ciertas condiciones idílicas del pasado feudal. En la era de la "Santa Alianza" - que duró hasta 1848 - este tipo de "socialismo feudal" era la izquierda de la contrarrevolución feudal. Posteriormente, cuando ya en el ocaso de su carrera histórica, advenida su etapa final, imperialista, la burguesía mundial reniega de aquella ideología revolucionaria de su pasado, llamó de nuevo a las supervivências del feudalismo que conservó, para movilizarlas contra el proletariado y los pueblos coloniales y semicoloniales oprimidos. Así apareció la reacción antiliberal, clerical. El Vaticano, ese coágulo del medioevo sobreviviente, es de nuevo revivificado, al servicio del capital financiero agonizante.

No se trata de defender la ideología liberal; nosotros somos socialistas y tenemos nuestra propia ideología. Pero la burguesía mundial hostiliza el liberalismo, en la medida en que la perduración de las libertades y de la democracia, permiten la expresión del proletariado. Bajo la máscara del "antiliberalismo" combate, en el fondo, al socialismo. Nosotros no tenemos por qué defender el liberalismo, repetimos. Pero tampoco tenemos que sumarnos a la crítica reaccionaria, clerical, de esa ideología, hecha por la propia burguesía en su ocaso.- La burguesía argentina, cobarde y extranjerizante, ha dejado que "su" expresión ideológica "nacionalista" la den precisamente elementos ligados a los movimientos fascista y nazista europeos, y a la Iglesia reaccionaria, es decir, elementos que poco o nada tienen de auténticamente nacionales. Busca garantías previas contra el desarrollo popular, obrero, de la Revolución nacional, única forma en que ésta puede triunfar. De ahí que estos elementos se dieseu a buscar en el pasado, un régimen que teniendo características en cierto modo nacionales, se destacase por su abominación de la ideología liberal, democrática y por sus aspectos irracionales, clericales, etc. De ahí viene la resurrección de un régimen desaparecido hace casi un siglo, su"actualización" artificial en las luchas políticas de hoy.

Rosas y su régimen necesitaban armas ideológicas para combatir a los unitarios que esgrimían el liberalismo. Pero no podían encontrarlas en el arsenal liberal, porque con ello se ponían en contradicción con sí mismos, ya que eran fundamentalmente opuestos a la transformación del país en un país capitalista independiente, a su industrialización y a la condición de su industrialización, que era su organización nacional. No es posible construir un Estado capitalista independiente con ideología clerical, conservadora, etc. Rosas tomó, pues, de la Europa de aquella época, la de la Santa Alianza, que perduró hasta 1848, los elementos ideológicos que necesitaba y así tenemos la aparente paradoja de un sistema de capitalismo agrario sustentando una ideología de corte reaccionario, clerical, absolutista, feudalista.

De ahí viene la amplia utilización del factor religioso en favor de su sistema - el retrato del Restaurador en las procesiones -, su restauración de los jesuítas - a los que luego tuvo que echar -, su poco o ningún cuidado por la instrucción pública, inclusive ciertos aspectos del "criollismo" que reflejaban la economía natural, pero no las necesidades de adelanto industrial del país.-

No es por casualidad que la caída de Rosas se produce poco después de la revolución de 1848 en Europa, que pone fin en su desarrollo a la Santa Alianza.- Este cambio ideológico señala también un cambio en el desarrollo mundial del régimen burgués y hace imposible en el país continuar con esa ideología.- Pero permite, a la vez, una renovada expresión de la ideología liberal nacional del interior, en cuanto la oligarquía retorna al equipo unitario.- Precísanse bien y nuevamente las dos tendencias, la liberal nacional y la liberal extranjerizante. Pero Ramos no "ve" nada de esto en su libro. En el capítulo consagrado a la organización nacional condena en bloque todo el liberalismo, el nacional del interior, junto con el extranjerizante, a Roca y a Mitre.-

Hemos abundado, y repetido inclusive desde distintos ángulos, en consideraciones que nos permiten apreciar bien la "tarea" de Ramos. El régimen de Rosas tenía ciertos caracteres nacionales - que no iban más allá de la semicolonia - pero que eran nacionales. Ramos, si deseaba rebatir la leyenda unitaria, podía y debía haberlos precisado, y a lo marxista. Pero no, hace una apología de Rosas y el rosismo, desvinculándolo "hasta cierto punto" de la burguesía ganadera y saladeril, y exalta en cambio sus aspectos ideológicos reaccionarios, que denuncian la limitación histórica de ese régimen, a la vez que hipostasía, su "nacionalismo" presentándolo como tendiente a construir un país capitalista independiente, lo cual es falso. En pocas palabras, hace lo mismo que los nacionalistas clericales, que sueñan con un régimen burgués nacional pero al propio tiempo antiobrero, es decir, reaccionario, corporativista, clerical. Por eso es que Ramos identifica falsa y capciosamente liberalismo con unitarismo y a eso tiende su demostración. Naturalmente, cuando uno examina concretamente el problema aprecia que no, que no era la ideología de la Santa Alianza y otros componentes del rosismo lo revolucionario, que el liberalismo no era reaccionario, sino que lo era el unitarismo, reflejo "liberal" del capitalismo extranjero. Es que para Ramos lo fundamental, como hemos dicho, era congraciarse con el "nacionalismo" clerical y apuntalar pretensamente con el "marxismo" sus concepciones históricas, así como lo hacía políticamente.-

De ahí viene la amplia utilización del factor religioso en favor de su sistema - el retrato del Restaurador en las "rosas" ó "su restauración de los jesuitas - a los que luego tuvo que sobar -, su poco o ningún cuidado por la instrucción pública, inclusive otorga aspectos del "capitalismo" que refleja la economía natural, pero no las necesidades de adelanto industrial del país.-

No es por casualidad que la caída de Rosas se produce poco después de la revolución de 1848 en Europa, que pone fin en su desarrollo a la Santa Alianza.- Este cambio ideológico señala también un cambio en el desarrollo mundial del régimen burgués y hace imposible en el país continuar con esa ideología.- Pero permite, a la vez, una renovada expresión de la ideología liberal nacional del interior, en cuanto la oligarquía retorna al capitalismo unitario.- Precisamente bien y nuevamente las dos tendencias, la liberal nacional y la liberal extranjerizante, pero Rosas no "va" nada de pelo en su libro. En el capítulo consagrado a la organización nacional combina en bloque todo el liberalismo, el nacional del interior, junto con el extranjerizante, a Rosas y a Mitre.-

Hemos abundado y repetido incluso dosis distintas iguales en consideraciones que nos permiten apreciar bien la "tarea" de Rosas. El régimen de Rosas tenía elementos caracteres nacionales - que no tienen más nada de la nacionalidad - pero que eran nacionales. Rosas, al desarrollar nuestra la segunda unitaria, podía y debía haberlos preservado, y a lo marxista. Pero no, hace una apología de Rosas y el rosismo, convirtiéndolo "hasta otorto punto" de la burguesía ganadera y saladeril, y exalta en cambio aspectos ideológicos reaccionarios, que demuestran la limitación histórica de ese régimen, a la vez que hipostasía, en "nacionalismo" presentándolo como tendiente a construir un país capitalista independiente, lo sugi es falso. En pocas palabras, hace lo mismo que los nacionalistas clericales, que sueñan con un régimen burgués nacional pero al propio tiempo antiobrero, es decir, reaccionario, corporativista, clerical. Por eso es que Rosas identifica Italia y especialmente liberalismo con unitarismo y a eso llama su democratización. Naturalmente, usando uno examina conceptuando el problema supuesto que no, que no era la ideología de la Santa Alianza y otros componentes del regreso lo revolucionario, que el liberalismo no era reaccionario, sino que lo era el unitarismo, reflejo "liberal" del capitalismo extranjerizante. Es que para hacer la fundamentación como hemos dicho, con "corporativismo" con el "nacionalismo" clerical y aparentar proteccionismo con el "marxismo" una concepciones históricas, así como lo hacía políticamente.-